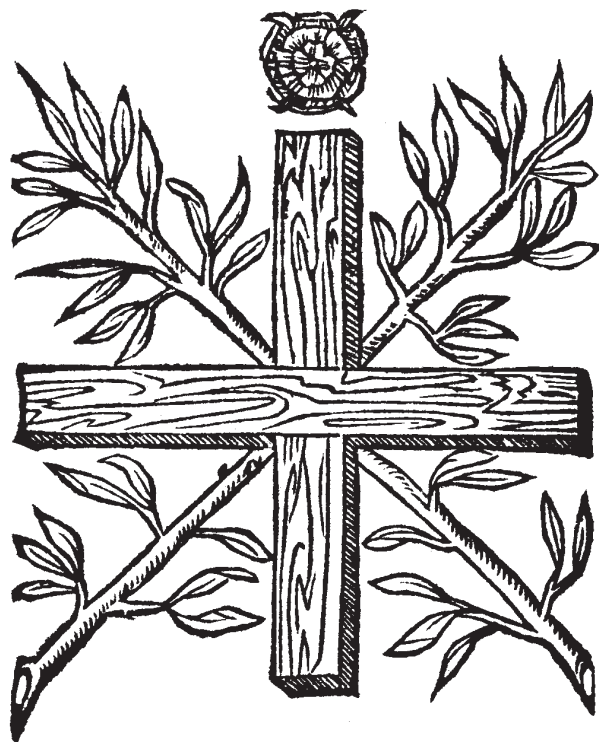


Un día en la vida de Silvestre Panador

CAPÍTULO 6

El seminario

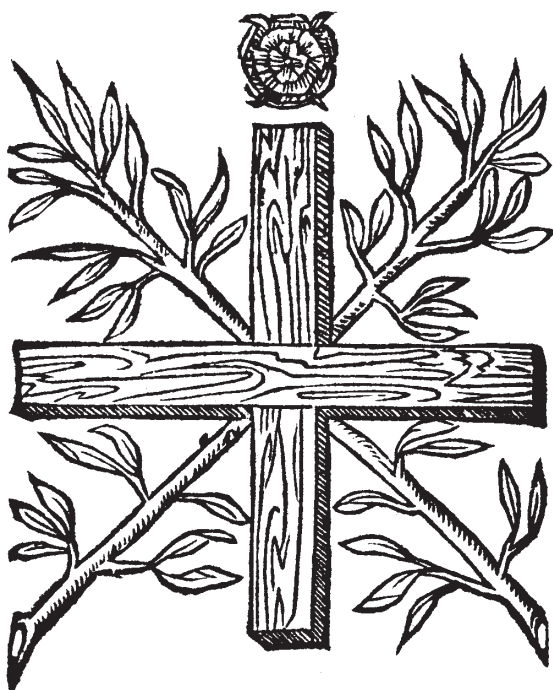


Julius Güémez

(Septiembre-Octubre 2002)

Capítulo 6

El seminario



La precipitada salida de Silvestrín de la fábrica de Nescafé le permite contemplar cómo el sacerdote, brutal agresor y ladrón —epítetos que nunca hubiese imaginado se podrían aplicar a un religioso—, ha ganado espacio con agilidad inusitada y se aleja montado en un hermoso landó descubierto tirado por un caballo de alegre trote y cantarines cascabeles. Una vez se siente seguro, contempla extasiado el

científico botín que acaba de cobrarse. Aprieta Silvestrín inconscientemente el estuche bajo su brazo.

La velocidad del vehículo de tracción animal es lo suficientemente lenta como para que Silvestrín, que cada fin de semana se hace quince kilómetros corriendo, se plantee por un instante seguirle a la carrera. Pero rápidamente descarta esta maratónica idea –en realidad, aunque no sabe con certeza a dónde se dirige el coche con el cura, sospecha que su destino puede ser el seminario de Corbán, distante varios kilómetros– al ver aparcadas una serie de magníficas bicicletas, unas marca Orbea –la preferida de Silvestrín, a la que da nombre la mítica montaña situada en el vértice común de las tres provincias vascongadas–, y otras Berasategui Hermanos –las celeberrimas BH, bicicletas de carreras que han permitido ganar varios Tours de Francia a nuestros paisanos –, representantes ambas de la laboriosidad de las gentes del país vasco y de las grandes posibilidades de emancipación locomotora de las que en la España de Franco dispone a la clase trabajadora en sus desplazamientos cotidianos a sus honrados puestos de trabajo. La misma agradecida clase obrera que, de otra manera, tendría que desplazarse a pie, y que todos los Primeros de Mayo despliega, exultante de agradecimiento ante el Jefe del Estado por su paternal protección sus sincronizadas tablas gimnásticas en el día de San José Artesano y en el marco incomparable del estadio de don Santiago Bernabeu, nombre, a su vez, del presidente del mejor club de fútbol del mundo, se dice a sí mismo Silvestrín con un toque de orgullo. Gracias a los inmejorables salarios que en el país se pagan a los productores, los trabajadores disponen de un medio de locomoción propio, independiente y de calidad incomparable, sin colas que sufrir ni apretujones en los tranvías entre tipos sudorosos que no se duchan ni teniendo que presenciar espectáculos dañinos para la moral del espíritu cristiano en los autobuses. Y que cuando llueve, un paseo bajo el chubasco, un poco de humedad vivificante, puede llegar a ser muy reconfortante para el espíritu.

Por eso le duele más a Silvestrín tener que tomar prestada una de estas magníficas máquinas de pedalear, no sin antes prometerse que, a la menor oportunidad, devolverá el vehículo a su legítimo propietario o le entregará una compensación económica. Entiende que tratándose de recuperar material propiedad del Estado se trata por tanto de una requisa temporal de material móvil y no de un robo de propiedad privada con connotaciones de lucha de clases ni de una enajenación patrimonial, actividades estas últimas que su padre siempre asocia al

bolchevismo asiático. Ha visto Silvestrín el *film* 'Ladrón de bicicletas', del incomparable director italiano de cine Vittorio de Sica, y no quiere acabar de la misma manera que el protagonista de la película, así que asegura con su gomita correspondiente el último termómetro que acaba de recuperar en su hueco del estuche, dobla la carpeta roja del seminario, atrapa raudo una bicicleta pintada en bonito color rojo – bici a la que la proverbial inocencia de la clase obrera, y al portentoso clima de seguridad que reina en nuestro país, todo hay que decirlo, no ha dotado de los oportunos medios de seguridad como cadenas y candados–, y sale disparado detrás del coche del cura que se aleja raudo con alegre cascabeleo. Este tipo de actos de confiscación por fuerza mayor de bienes ajenos por parte de funcionario público en el ejercicio de sus nobles funciones vindicativas del Estado lo ha visto Silvestrín llevar a cabo en muchas películas –en la mayoría de los casos, con intimidatoria exhibición de armas de fuego por parte del probo funcionario que confisca–, y aunque él no es todavía funcionario público, se le puede considerar más que en misión oficial en misión sagrada, por lo que su conciencia está muy tranquila.

La carrera no se demora demasiado, y después de unas subidas de cuestras que han puesto a prueba los músculos de las piernas de Silvestrín –con respuesta satisfactoria por su parte–, más acostumbrados al estudio que al pedaleo, y unas bajadas que le han permitido comprobar el mal estado de unos frenos que es evidente que necesitan una urgente revisión técnica, han llegado a las soberbias instalaciones del seminario de Corbán. Conoce Silvestrín que es éste colegio un semillero de almas entregadas tanto a la necesaria consolidación del catolicismo de base nacional en nuestro país, que cuenta con barrios obreros enteros entregados a los vicios malignos del comunismo y del ateísmo –pobres ovejas descarriadas que no han asimilado, por tanto, los valores cristianos que la Cruzada les inculcó en su momento– y de los que hay que recuperar sus almas con urgencia para unir las de nuevo al cuerpo místico de Cristo, como a la evangelización de las almas que nuestro Señor ha puesto en los salvajes indígenas que habitan en el extranjero, concupiscentes –tal vez debido a esos climas tropicales que les obligan a ir con poca ropa y desatan sus bajas pasiones–, de infinita crueldad –como las novelas de Emilio Salgari no cesan de recordarnos, al estar ausente de esos indígenas la gracia santificante y encontrarse separados de la civilización cristiana y occidental que tantos bienes espirituales reporta a cuantos entran en contacto con ella, como todo America y gran parte de Asia y África

pueden atestiguar-, e ignorantes del alma inmortal de que están dotados. Un alma preciosa que pueden llegar a perder si en su deambular por la selva no tienen la suerte inmensa de tropezar con un misionero católico –bueno, siempre que tropiecen antes de comérselo en una de esas orgías antropofágicas a las que se entregan cuando un predicador sonrosado y con buenas carnes es atrapado por ellos– que les enseñe la verdad revelada a todos nosotros por Cristo en la cruz. Esa tendencia dentro de nuestra Madre la Iglesia Católica a admitir que también van al cielo –o, al menos, pueden ir al cielo– aquellos idólatras aborígenes que sin ser cristianos siguen con devoción los preceptos de su propia religión –incluyendo, se supone, a los judíos y a los moriscos, lo que ya sería el colmo, en opinión de su confesor– no convence a Silvestrín, para quien aquellos ganarían el cielo sin haber pasado por las pruebas y sacrificios por las que han tenido que pasar los verdaderos cristianos. Sobre todo no sería justo para los cristianos que terminan en el infierno por haber nacido en el sitio equivocado, por ejemplo Francia, que hay que ver la cantidad de tentaciones que debe evitar un buen católico al día en un país con mujeres tan hermosas como descaradas, buenas películas, excelentes vinos y comida y rodeado todo el día de revolucionarios de la libertad, igualdad y fraternidad.

El edificio del seminario, de imponente planta cuadrada y cinco plantas –árboles centenarios de más de veinte metros de altura le rodean y le arropan frente a los salobres vientos que llegan del mar–, ocupa casi una hectárea de terreno y se encuentra rodeado de un amplio jardín circundado a su vez por una elevada tapia. Pero los trabajos de conservación de la tapia no han sido demasiado eficientes los últimos años y Silvestrín sabe que una parte de la misma está caída, pues pasa por allí con frecuencia cuando todos juntos se dirigen en verano a la playa de Liencres para gozar de los salutíferos baños de mar en compañía de sus primas de Cáceres. La vívida evocación de Juncal y Pino, embutidos sus jóvenes y turgentes cuerpos morenos en sendos minúsculos bikinis, piezas de baño no estrictamente ilegales el pasado verano, pero siempre perturbadoras –las primas, no los bikinis– corriendo cual alegres potrillas bajo el sol, produce movimientos internos involuntarios en Silvestrín. Su siempre observador padre destaca estas paredes caídas con un gesto de disgusto como un síntoma de la decadencia de la Iglesia, decadencia que no sabemos qué profundidades puede llegar a alcanzar y qué males ocasionar a nuestro país, pues hoy se empieza por dejar un hueco sin tapar en la pared de

un seminario y mañana se acaba creando una sociedad anónima de inversiones por parte de la conferencia episcopal y especulando en bolsa con el dinero de los feligreses como el avaro más recalcitrante, al decir de su progenitor, que ha oído rumores de que la Iglesia juega en bolsa, actividad intolerable a sus ojos.

Así que nada más observar cómo el coche del cura gana el portón de blanca piedra carcomida –reforzado a los lados por sendas columnas y con su hornacina superior vacía–, y cómo se introduce por la entrada del seminario con alegre trote cascabelero, se lanza Silvestrín a una enloquecida carrera para entrar a su vez por el boquete de la tapia, que queda un poco lejos. No sabe qué sorpresas le deparará la suerte, pero su plan es observar primero una posible vía de entrada en el seminario para así luego recuperar restante material científico, entre los que se encuentra el magnífico termómetro Beckman que necesita inexcusablemente para sus experimentos de crioscopia de precisión y que todavía no ha conseguido recuperar.

Sigue rodeando la tapia sin detenerse y al girar en la esquina norte, observa el hueco en la tapia caída. Deja la bicicleta al pie del boquete, que efectivamente no ha sido reparado –fomentando así las habladurías del populacho sobre la desidia de la Iglesia–, y penetra en el sagrado recinto docente, no sin antes dejar una nota manuscrita indicando que la bicicleta debe ser devuelta a su legítimo propietario en la fábrica de Nescafé una vez cumplida la misión para la que fue tomada en préstamo.

La paz que se respira en el entorno del seminario es total, con el aire agitando suavemente los enormes magnolios. A este lado del edificio se encuentran aparcados algunos magníficos automóviles, poniendo de manifiesto que, contra lo que dicen algunas voces impertinentes y deslenguadas, no todos los seminaristas son hijos de familias pobres que buscan así salir de su miseria. Él sabe que estos robustos muros acogen también a muchos hijos de la burguesía ilustrada e industriosa que han elegido el camino de las misiones, dejando aparcados todos sus bienes materiales. Entregado a tan interesantes pensamientos, y varias horas después del abundante café con leche ingerido en el desayuno y del zumo de naranja de que todas las mañanas le provee su previsor madre para evitar catarros invernales, un fuerte impulso mingitorio urge a Silvestrín a vaciar su vejiga. Con premura se acerca a uno de los árboles mas gruesos y con un gesto rápido que pone a prueba el buen servicio de su cremallera, abre su bragueta, extrae su colita –con el mínimo toqueteo que su

extracción de las profundidades de la ropa exige— y evacúa su cálido líquido mientras experimenta el gozo primigenio del abandono en la evacuación de líquidos.

Recolocados ropa y apéndice urinario, entre la relativa oscuridad del bosquecillo de árboles observa esperanzado Silvestrín cómo una luz eléctrica acaba de encenderse en el piso inferior de este ala norte del edificio. Se acerca prudente a la ventana de la que proviene la luz sin dejarse ver, cuando observa que el mismo cura agresor que ha huído de la fábrica en el coche de caballos deposita sobre la mesa el precioso paquete con el atado de trapos que contiene los termómetros y luego abre la ventana, seguramente para refrescar la habitación. Debe tratarse de Restituto Capelotas, el ignaciano al que alude la inscripción de la carpeta roja, si es que finalmente él es su legítimo poseedor.

Se coloca Silvestrín justo al pié de la ventana, desde donde puede ver y oír todo lo que sucede en el interior de lo que parece ser el despacho de director del seminario del jesuita, un espacio amplio dotado de una pequeña biblioteca y una mesa grande. Un escudo del Vaticano, con las llaves de San Pedro y la triple tiara papal, y la bandera amarilla y blanca de la Santa Sede ocupan un lugar preferente en una de las paredes. El sacerdote se mueve ahora nerviosos, gira sobre sus talones, mira debajo de los trapos con los termómetros y suelta un sonoro juramento cuando parece reparar en que ha olvidado la carpeta con su nombre en el despacho de don Beltrán. Una retahíla de improperios resuena en el despacho, sorprendiendo el cura a Silvestrín con su vehemencia expositiva. Poco puede el cura sospechar que dicha carpeta comprometedora está ahora firmemente atrapada bajo su brazo.

Nada más ubicarse el cura detrás de su mesa y sentarse en la alta silla de madera labrada, entra sin llamar otro cura, mucho más joven que el director Capelotas, pues sigue suponiendo Silvestrín que de él se trata. “¡Te tengo dicho que llames antes de entrar!”, dice enfadado Capelotas al recién entrado. Se justifica el recién llegado por su pasado como capellán castrense, que le lleva, según explica, a franquear las puertas primero y a llamar después, que en el Ejército nadie tiene nada que ocultar y no como otros, añade con mirada torva dirigida a Capelotas. Con voz recia, y un punto displicente, el cura malencarado, a quien Capelotas se dirige como hermano cocinero —lo que recuerda a Silvestrín que son más de las dos de la tarde y que tenía ya que estar comiendo en compañía de sus dilectos padres, sin duda

preocupados por su tardanza (¡qué lástima!, se dice Silvestrín, no disponer de una red de torres de receptores-emisores telefónicos que cubran el territorio y nos permitan hablar desde aparatos telefónicos dotados de su antena correspondiente y que podamos llevar encima, una especie de telefonillos transportables, algo que sabe permiten las leyes de Maxwell del electromagnetismo, lo que ahora le permitiría tranquilizar desde aquí a sus, sin duda, angustiados padres)–, anuncia que se han producido una serie de incidentes intolerables y que es obligación del señor director atajar estas graves faltas a la disciplina. El director asiente y dice que exponga el primer caso.

– Es Rufino Lis y Galán –anuncia el cocinero como si fuera un menú–, que ha sido sorprendido en actitud de ofensa a su propio cuerpo cuando con los pantalones bajados, su mano derecha sostenía su propio miembro viril erecto, a la vez que con su mano izquierda sostenía fotografías lujuriosas, completamente indignas de un futuro hombre entregado al servicio de Dios y de la Santa Madre Iglesia –resume manifestamente enfadado–. Fue sorprendido *in fraganti* en tal masturbatoria actitud en los servicios del primer piso al no haber tenido la mínima precaución de colocar el pestillo para cerrar la puerta, que además de ser un marrano, este chico es tonto, mientras profería en alta voz expresiones soeces, probablemente dirigidas a las mujeres fotografiadas.

El director ordena al cocinero que haga entrar a Rufino junto con el material gráfico que haya utilizado para perpetrar su pecado de onanismo. Esta definición del director del acto llevado a cabo por Rufino es puntualizada rápidamente por el hermano cocinero alegando éste que, técnicamente hablando no se había producido un pecado de onanismo, debido a que la diligencia con que han actuado ha impedido el derrame seminal propiamente dicho, es decir, la eyaculación de Rufino, por lo que, para decirlo con la debida exactitud, se debería hablar de un pecado de tocamientos impuros, pero sin calificarlo como el bíblico pecado propiamente dicho. Eso por no entrar a analizar en detalle la narración sagrada original, puesto que Onán, al fin y al cabo, estaba entablando conocimiento bíblico con una mujer aunque luego eyaculase sobre la árida tierra y no sobre el fértil vientre femenino, situación ésta que el tal Rufino estaba muy pero que muy lejos de tener entre las manos.

La extensa y bien hilada puntualización del cocinero –que se extiende ahora en una amplia consideración filosófica sobre el uso correcto de las palabras del noble idioma csatellano para un mejor en-

tendimiento entre las personas que lo hablan— no le parece a Silvestrín que haya sido debidamente apreciada por Capelotas, —“Pero vamos a ver, aquí el doctor en teología ¿quién es, tú o yo?” se le oye decir con evidente enfado y un tono de voz cortante— que vuelve a insistir en tono agrio en que entre de una puñetera vez el onanista solitario, que no tiene toda la mañana y que ya va siendo hora de comer. Sale el cocinero murmurando por lo bajines sobre la soberbia intelectual de algunos teólogos de pacotilla y entra un joven delgado y alto con una sotana tres tallas mayores de la que le debería corresponder. Bajo el brazo lleva un periódico cuidadosamente plegado. El director Capelotas se encara con el joven, que agacha la cabeza mohíno.

— Así que no nos basta la imaginación calenturienta con la que nuestro Señor nos ha bendecido, que necesitamos apoyarnos en material gráfico para alcanzar las más profundas simas de la depravación humana —dice el director— e infligir a nuestro propio cuerpo ofensas que hacen sufrir al pobre San Martín de Porres, mártir sufrido donde los haya, que tendrá que barrer de tu alma pecadora tantos pecados. ¡Muestra ese material obsceno en el que te has regodeado cual gocho feliz en su cochinería! —ordena imperativo Capelotas a Rufino.

Éste despliega el periódico, que ante la sorpresa de Silvestrín, resulta ser el siempre encomiado diario gráfico AS, órgano del periodismo deportivo de élite que recoge los triunfos del Real Madrid —y, a veces, también del Barcelona, como en el caso de su reciente victoria balompédica sobre los rusos comunistas—. Pasa Rufino las páginas marrones con cuidado, y al llegar a la última página la gira y le muestra al director la fotografía, en huecograbado, que allí se encuentra. Ante los ojos bien abiertos de Silvestrín se muestra una fotografía de una hermosa joven vestida —para utilizar una expresión coloquial— con un bañador de dos piezas de esos que el Ministerio de la Gobernación prohíbe en las playas —por lo que Silvestrín deduce o bien que ha sido sorprendida en la intimidad de su hogar, sin ninguna intención de ir a la playa, o que es extranjera y no ha asimilado todavía nuestras costumbres tradicionales en materia de baños playeros, o que es la prima de Cáceres de alguien—, exiguo en demasía, —incluso más que el de sus primas de Cáceres— pues apenas alcanza a cubrir sus sinuosas curvas, volúmenes todos ellos de una rara perfección — como en sus primas de Cáceres, piensa Silvestrín, que es que no se las puede quitar de la cabeza—, en consonancia con sus facciones regulares que un hermoso cabello rubio matizan. Y, de repente, como en una extraña visión, se aclara en su mente la meticulosa entrega con

la que cada día el señor Eficiado recorta precisamente esa parte del periódico. El buen gusto del señor Eficiado le permite sin duda gozar de estos espectáculos gráficos –obscenos desde cierto punto de vista, pero de alta estimación del cuerpo femenino, templo de la maternidad y la lactancia infantil, desde otro– día tras día sin cansarse, como no se cansaría uno nunca de visitar el Museo del Prado y admirar allí las hermosas formas femeninas que los artistas –nada sospechosos de tener la mente perturbada por la concupiscencia animal– nos han legado.

La fotografía viene acompañada de un pequeño pie de foto, que el director lee en voz alta por si la leyenda resulta pertinente al caso: “El club de futbol Calahorra cuenta desde ayer entre sus más fervientes y admirados seguidores con doña Gertrudis Cernedora, hija menor del boticario del barrio Alto, que ataviada de esta singular guisa y colocada hábilmente en la portería del equipo rival, anima a los miembros del equipo calagurritano a meter más y más goles en su portería (en la del equipo rival, no en la de la señorita Gertrudis, bien entendido, que la cristiana y piadosa moza pertenece a una de las mejores familias de nuestra ciudad y tiene novio formal, y que si ha accedido a vestirse de este modo es sólo para levantar los ánimos de los jugadores e incitarles a meter la pelota en las redes del equipo rival, lo que, sin duda, ha logrado, vista la cosecha de goles que el Calahorra ha recogido desde que ella les motiva así de fresquita). Los goleadores de cada partido tienen derecho a poner crema bronceadora sobre la delicada piel de la señorita Cernedora, por lo que ésta ya ha conseguido un dorado tono moreno muy favorecedor”.

Pero la visión de la imagen de ninfa tan portentosa reproducida con tanta fidelidad no produce el mismo efecto en el director que en Silvestrín, cuya nueva evocación de sus primas de Cáceres retozando en la playa de Liencres rebozadas en arena le hace separarse más de cuarta y media de la pared. “¡Basta de textos lúbricos y libidinosos!”, oye gritar al cura. Arruga Capelotas el periódico ante las claras muestras de desesperación de Rufino –que se mesa compungido los cabellos y grita que el periódico lo había tomado prestado y ahora tendrá que pagarlo–, y lo lanza a su papelería. El florido discurso del director que sigue a este gesto, mezclando cantidades eclécticas de mucho infierno en llamas, abundante calvicie, médula espinal reducida a su mínima expresión, pérdida progresiva de la visión y sequedad de meninges con resultados desastrosos, no parecen impresionar ni mucho ni poco a Rufino, que acostumbrado a este discurso, contempla desconsolado

la página arrugada. Este discurso también se lo ha oído Silvestrín al kioskero manco de su barrio, pero sigue sin conseguir relacionar los conceptos que en él se vierten y se mezclan.

– ¿Te has entregado alguna vez a tocamientos impuros en tí mismo con tu miembro viril envuelto en un filete de ternera recién cortado? –pregunta de sopetón el director al compungido seminarista. Rufino, que toma buena nota del posible procedimiento de pecar contra la carne en un sentido doblemente literal –con la de la ternera como sugestiva *partenaire* femenina–, las escasas veces que ha visto un filete de ternera se lo ha comido en un santiamén, a ser posible empanado y entre pan y pan, e ignoraba que se le puedan dar otros usos más placenteros. Silvestrín está también confundido ante la pregunta y no sabe si achacarla a la anterior conversación del director con el cocinero o a que Capelotas está mal de la azotea.

– No señor director –contesta Rufino compungido ante la doble posibilidad perdida–, aquí nunca me han dado un filete de ternera, ni para eso ni para comer.

– ¿Y alguna vez te la meneas... –dice el director con un toque barriobajero e ignorando el déficit proteínico del que con justa razón se queja Rufino– con tu mano izquierda rodeando el bálano enhiesto.

Rufino se muestra ahora compungido, pues no comprende la pregunta ni qué es un bálano. Le aclara el director que se trata de un eufemismo para referirse a lo mismo de antes, al pajarito. Rufino dice que no entiende qué es un eufemismo y el director ya se lo pregunta directamente.

– Sí señor –dice el seminarista por fin–, pues así me imagino que me la toca una chica, en particular mi prima Jacinta de Cáceres –dice él ante la sorpresa absoluta de Silvestrín, que vuelve a evocar a sus propias primas extremeñas, ahora surgiendo ellas del agua fría del Cantábrico con las telas de sus bikinis casi transparentes, un oscuro triángulo isósceles invertido, para ser exactos y precisos, entre las ingles y dos botones enhiestos cada una (uno en cada uno de los lados de la pieza superior del bikini, en total cuatro botones), por lo que tiene que volver a separarse de la pared– que está de toma pan y moja y que, además, la mano derecha ya la tengo muy conocida y con callos –responde con indignación Rufino y con una ingenuidad que logra sacar al director de sus casillas.

Le ordena entonces que se ponga contra la mesa, que se baje los pantalones y los calzoncillos y que se suba la sotana hasta por encima de la cabeza, a la vez que apoya los antebrazos sobre la mesa. Rufino,

que debe ser reincidente en estos asuntos y ha debido ser sometido a este tipo de tratamiento con anterioridad, adopta la posición rápido y sin chistar, se encuentra así con el culo al aire ante Capelotas. Con la ayuda de una vara de mimbre que ha extraído del paragüero, el director le marca las nalgas en un ejercicio de crueldad contra la infancia que no vamos a relatar aquí. Sale Rufino del despacho del director subiéndose los pantalones y bajándose la sotana.

“Estos cabrones es que se la cascan con cualquier cosa” susurra Capelotas mientras va rápido hasta la papelería para recuperar la hoja del periódico. Alisa la fotografía que representa a la señorita Gertrudis contra la mesa y en un gesto rápido le planta un sentido ósculo a la foto en el sitio en el que sospecha Silvestrín tiene el triángulo isósceles invertido la susodicha. Tiene que reprimir un grito de sorpresa, y se lleva una mano a la boca para no descubrirse. Capelotas mira huido hacia la ventana, pero Silvestrín se agacha justo a tiempo. Cuando él vuelve a asomarse con cuidado, el director ya ha ocultado la página del periódico en el cajón de su mesa, procediendo, al igual que el señor Eficiado, a cerrarlo con llave.

Entra de nuevo el cocinero sin llamar, justo cuando Capelotas está dando la última vuelta a la llave, para anunciar otro caso de rebeldía entre los novicios. Bisbisea al oído del director algo que Silvestrín no puede oír, y abandona el despacho para volver con otro seminarista de amplia sotana –sin duda reciclada de alguien mayor que él–, al que lleva cogido por una oreja y que apenas consigue caminar, pues su pié está muy por encima del pavimento. Los gritos de dolor del seminarista son agudos, pero un sonoro bofetón del hermano cocinero le hace callar.

– Este deslenguado, lengua de estropajo –grita el cocinero con evidente contradicción lógica– y boca de cloaca, ha blasfemado reiteradas veces, profiriendo salvajadas tales como “Mecagüen una pizcina yena santo y con Sapedro de tapón” y “Mecagüen el quilómetro quince de lo cuerno de Sanosé” –añade con precisión el cocinero intentando imitar un cierto gracejo andaluz sin conseguirlo.

El director hace salir con cajas destempladas al hermano cocinero, mientras musita jaculatorias exorcizantes ante las barbaridades proferidas por él.

–¿Y tú qué tienes que decir?, ¡eh, crápula malhablado! –le grita Capelotas al chico-. ¿Pero a ti quién te enseña a decir esas barbaridades?

– Ej que en Do Hermana tenemos un concuso de blasfemia y nos

jartamos un montón a reí con laj ocurrencia de mi tío Pepe el xico –explica el chico–. Y ej que eta mañana me he dao un martillazo mientras que clavaba un clavo y m’acordao de laj ganadora del año pasao –añade el joven mientras sonrío con absoluta inocencia y totalmente confiado a Capelotas.

Si saber de dónde le viene el tortazo, descarga el director su mano abierta contra la sonrosada faz del rapaz, que un instante después del trueno se encuentra en el suelo hecho un burujo.

– Terapia de choque para un olvido instantáneo –dice Capelotas– . Vas a escribir tres mil veces el pareado “Me tengo que olvidar de aquellas frases que nunca debo mencionar, pues son blasfemias que al infierno me van a condenar” y hasta que no acabes y me las enseñes, no te vas a la cama –añade muy serio el director–. ¡Arrea!

El joven se levanta y abandona dolido el despacho del director. Y entra enseguida el cocinero, de nuevo sin hacer amago de llamar, para anunciar otro caso de rebeldía entre los novicios. Uno de ellos ha sido cogido en el flagrante delito de leer obras prohibidas. Nada menos que “El origen de la familia” de Federico Engels, dice el cocinero con reproche infinito, que a saber quién se lo habrá prestado a Torcuato Cadura.

– Que no digo yo que leer “El Capital” de Carlos Marx, o Karl Marx, como decimos los puristas degustadores de la noble cultura germana –aclara el hermano cocinero–, esté del todo bien pero es ésta una obra magna que, querámoslo o no, forma ya parte insoslayable del canon intelectual de occidente, y en la que se manejan conceptos económicos que hasta nuestros propios ministros del Opus Dei utilizan para una mejor valoración de nuestra economía. Pero ésta obra de Friedrich Engels sólo puede ser leída por alguien completamente dominado por el infausto pecado de la intelectualidad –añade el erudito cocinero ante la desesperación de Capelotas, que ve que hoy no come–.

Estos comentarios sobre la Obra son recibidos por el director con evidentes muestras de desagrado –empuja con determinación la espalda del cocinero hacia la puerta mientras mueve inquieto la cabeza–, y musita frases despectivas sobre la secta perniciosa y pesetera que pretende suplantarse a los jesuitas en el corazón del Santo padre, comentario que Silvestrín no entiende, y nervioso exige al cocinero que haga entrar con la mayor rapidez posible en su despacho al novicio Cadura.

El citado Torcuato es una angelical criatura, de hermosos bucles

rubios y grandes ojos azules, que exhibe un blanquísimo tono de piel bajo la sotana –más o menos como el que tienen sus primas de Cáceres al principio de verano, pero que pronto cambian por un tono canela dorado que refulge como cobre bruñido bajo el sol cuando surgen, cual jóvenes Afroditas, de las aguas oceánicas, que da gloria verlas cuando peleándose de broma entre ellas se rebozan todas de arena como succulentas croquetitas–. Deja el libro que trae bajo el brazo sobre la mesa, pero en esta ocasión el director no se molesta en mirarlo.

– Pero Torcuatín, rey mío, ¿por qué me das estos disgustos? – dice el director con un tono de voz untuoso que Silvestrín no le había escuchado hasta entonces–. ¿No son suficientes los libros de ejercicios espirituales de San Ignacio, nuestro padre fundador, como para colmar tus más incontrolables ansias intelectuales?

El novicio hace un gesto de desprecio ante el recuerdo de la obra escrita del gran santo de Loyola, pero el director no deja de sonreír. “El marxismo es la filosofía del futuro, el leninismo el arma del presente y la familia es un periclitado invento burgués que el capitalismo monopolista de estado barrerá y que el capitalismo salvaje y desestructurado convertirá en obsoleto”, concluye Torcuato levantando retador la cabeza.

Capelotas cabecea compungido, como si aquel discurso subversivo e intelectualoide confirmase sus más lúgubres premoniciones sobre el rumbo que toma la mente de su protegido Torcuato.

– No me dejas más opción que administrarte la dolorosa, pero necesaria, medicina que estos casos requiere. Y sabes bien que yo que te la doy sufro más que tú que la recibes –dice el director sin que Silvestrín sepa a qué se refiere, pues no ve ningún botiquín en el despacho–. Alguien como tú, llamado a engrosar las filas de la Compañía de Jesús, tiene que templar el acero de su alma y aquí estoy yo, que no cesaré en mis cuidados hasta conseguirlo.

También en este caso el novicio se baja los pantalones y los calzoncillos hasta los tobillos, alza su sotana hasta sus hombros y coloca los antebrazos sobre la mesa. Imaginando lo que viene a continuación, Silvestrín quiere apartar la vista. Pero ante la falta de ruido de golpes pronto se da cuenta Silvestrín de que ahora hay algo diferente y que el director se coloca detrás del muchacho, se desabotona la sotana –en lo que invierte cierto tiempo–, y procede él mismo a bajarse los pantalones y los calzoncillos hasta los tobillos, enfrentando así su miembro viril enhiesto –como no puede menos que observar

con sorpresa Silvestrín—, a las nalgas del novicio. Solicita entonces el director que el novicio le pase el tubo de vaselina que hay encima de su mesa, lo que éste hace solícito y sin una protesta, demostrando así Torcuato tener el carácter disciplinado que la compañía exige. Después de una extraña y morosa aplicación del unguento por el aquí del director y por el allá del seminsrista, el director se acopla —con alguna dificultad debido a su abultada barriga— a la grupa del novicio de la misma forma que vio Silvestrín ha poco aparearse dos perros en su pueblo, que salieron huyendo seguidos de la chiquillería que les arrojaba piedras con gran puntería y sin poderse separar, que el pobre chucho se retorció de dolor, golpeado con puntiagudos cantos por aquí y estirado por allá.

Mientras el muchacho jadea bajo el empuje trasero a que le somete Capelotas, éste suda copiosamente, pero su cara denota la entrega a un castigo que, no por menos doloroso de aplicar para el director, es sobrellevado por éste como una carga, tal y como él mismo manifiesta entre estertores entrecortados y jadeos agónicos. Cerrando los ojos, a Silvestrín le parece estar asistiendo a una sesión matinal en el cine Bonifaz, tal es la semejanza de sonidos que lleva escuchados aquí y que percibió allá. Los grititos placenteros del novicio hace que el director se afane, aún más si cabe, y parece que cabe, en explicarle el sentido pedagógico y formativo de esta extraña ceremonia de recio sentido viril. Y que parece que no es la primera de este tipo a la que se somete el muchacho, pues por veces él se relame y exige que se le castigue puntualmente por sus pecados de soberbia intelectual.

— Para los que formamos parte de la compañía de Jesús, el templar a las futuras generaciones que han de tomar el relevo en el espíritu militar del cuerpo es tan fundamental como en la antigüedad lo fuera para los bravos lacedemonios —dice el director entre jadeos entrecortados y movimientos de pelvis y empujones—, que comenzaban sus ceremonias de iniciación militar de los nuevos aspirantes a soldados espartanos con recias muestras de solidaridad masculina y viril amistad. Eso por no hablar de los temibles jenízaros, entre los cuales cada aspirante a formar parte de la guardia del emperador de los turcos debía ser sometido a empalamiento anal por el más dotado de los sargentos —añade el director sin mucha convicción y sospecha Silvestrín que se lo está inventando todo—, para así mejor ceñir los lazos de amistad y camaradería entre todos ellos. —Los movimientos sincopados de cura y novicio se sincronizan—. Amistad y camaradería que luego iban a necesitar en el campo de batalla, al igual que nosotros nos

enfrentaremos a peligros ignotos para llevar la fe a los salvajes ignorantes –continúa diciendo el director con débil voz–. Y es que, ¿cómo vamos a estar mejor los hombres que fortaleciendo y estrechando los lazos de amistad entre nosotros?

Un estertor por parte de Capelotas, y el castigo del seminarista –o estrechamiento muy firme de lazos entre futuros miembros de la compañía, esto último no le ha quedado muy claro a Silvestrín, aunque sí tiene claro que bajo ningún concepto va a intentar ser admitido en tan masculina compañía– está a punto de terminar, cuando la puerta del despacho del director se abre a la vez que otro joven novicio –seguramente atraído por los fuertes ruidos que salían del despacho del director, ya completamente abandonado al estrechamiento firme de lazos con el seminarista– entra en el despacho sin llamar agitando un grueso tomo entre sus manos y dirigiéndose directo hacia el director. El director, que se ha percatado de la presencia de una nueva persona en su despacho, se desacopla rápido de Cadura –escuchándose un ruido opaco, parecido al que hace un tapón extraído del gollete de una botella–, y su otrora enhiesto bálano emerge flácido de las oquedades posteriores del angelical novicio, que ha soportado todo el castigo con un estoicismo encomiable, prueba de su futuro temple militante, y con una sonrisa de contrición por sus perniciosas lecturas en los labios.

Al novicio portador del amenazador libro sobre su cabeza, como preparado para dejarlo caer sobre otra, le sigue corriendo el cocinero, justo a tiempo de contemplar la blancas nalgas de Cadura al aire.

– Padre Capelotas, hemos cogido a Agustín Tineo leyendo otra vez a Jean Paul Sartre, y por ahí si que no vamos a pasar, que los existencialistas franceses son más destructores del alma humana que los mismos ateos –dice el cocinero entrando jadeante en el despacho justo para contemplar cómo el citado Agustín, blandiendo con ambas manos un fino tomo de “El ser y la nada” encuadernado en piel, golpea en la cabeza del director con tal buena fortuna que el canto del libro se le incrusta a éste en la cabeza. “¡Sodomitas consentidos!” escucha Silvestrín gritar al seminarista atacante mientras Capelotas se desploma todo lo largo que es y todo él hecho un guiñapo.

Éste es el momento de confusión total que Silvestrín estaba esperando, y mientras los agudos gritos de dolor del director resuenan en todo el seminario –pronto superado el efecto del libro incrustado gracias al fuerte golpe que se ha dado en el occipital contra el pavimento–, él va hacia la entrada principal para intentar acceder al

despacho de Capelotas y recuperar así sus precisosos termómetros, en los que de momento nadie parece haber reparado. Rodea de nuevo el edificio y entra Silvestrín por la puerta principal sin ser observado justo en el momento en que Rufino abandona el edificio musitando palabras ininteligibles para Silvestrín –“A tomar pol culo, me voy pa Cáceres a ver a Jacinta”, cree escuchar, una frase gramaticalmente incorrecta–, a la vez que, sin reparar en él, se desprende de su sotana, que deja abandonada en una esquina, pasando a su lado y sin reparar en él. Toma Silvestrín rápido la sotana así abandonada por Rufino y se la encaja con rapidez, comprobando satisfecho que la consigue llevar con cierta elegancia y masculina prestancia.

Mientras un grupo de ensotanados novicios traslada el cuerpo dolorido y semidesnudo del director a la enfermería, con los pantalones todavía bajados y la colita encogida por el susto y aullando de dolor, Silvestrín, que pasa completamente desapercibido con su elegante sotana, intenta alcanzar el despacho del director. Pero nada más llegar al despacho del doliente Capelotas, sorprende una conversación entre dos curas. El primero es gordo y orondo, con una barriga enorme. El segundo es fino y alto, también muy elegante embutido en su sotana de buen corte.

– Toma los termómetros que ha recuperado Capelotas y llévaselos sin dilación a don Onofre, que los estará esperando –dice el cura flaco dirigiéndose al cura gordo–. Él sabrá sin duda recompensarnos por tantas molestias como nos hemos tomado, que buena falta nos hace un poco de dinerito de mano –añade.

El nombre de don Onofre evoca en Silvestrín la imagen de su querida Basilia, aunque no está seguro de que los curas se refieran al progenitor de su amada y hombre de confianza del Caudillo en la provincia, cuyo interés por los instrumentos científicos sorprende –aunque con emoción encontrada al saber que a los políticos les interesa la ciencia– a Silvestrín. El cura gordo parece pensárselo durante un instante, pero pronto toma el atado de trapos que contiene los termómetros.

– ¿Eres consciente de que procediendo de esta guisa nos arriesgamos a atraer sobre nosotros la ira vengadora del nuncio de su Santidad, cuyos refinados métodos de tormento son bien conocidos –dice el cura oblongo temblando y con una mueca de horror en su cara–, y ponemos en grave peligro el futuro de la cristiandad y, por ende, el de nuestras almas inmortales? –comenta de nuevo el gordo.

Este comentario hieló la sangre a Silvestrín, que no acierta ni

a intuir qué interés pueda tener una figura pastoral como el nuncio apostólico en sus termómetros, instrumentos científicos que nada tienen que ver con sus tareas evangelizadoras. De refilón observa Silvestrín con sorpresa que el cura flaco es el mismo cura que ya tuvo ocasión de ver en el club “El loro azul y carmesí” y que ya allí intentó coger los termómetros de manos del profesor Berzo, aunque el estado de fuerte intoxicación etílica en que se encontraba le impidió en aquel momento medir las distancias y acertar en el salto. Bajo el solideo negro luce un hermoso vendaje blanco que hasta ese momento había tomado Silvestrín por distinguida mata de pelo canoso. Esta nueva coincidencia sorprende todavía más a Silvestrín, que empieza a ver curas por todas partes formando parte de una gigantesca conspiración para enajenarle sus preciosos termómetros.

– El presumido ese del fajín rojo no tiene porqué enterarse – responde despectivo el delgaducho–. Pero está bien –dice de repente el cura flaco mientras arrebató los termómetros al gordo–, si tú no quieres arriesgar tu barriga, ya lo haré yo –añade con enfado–.

– Trae para acá, que de esto me encargo yo –dice el gordo recuperando los termómetros–. Voy un momento a ponerme una sotana limpia y me voy cagando leches para Santillana, que don Onofre Nopático ya me está esperando con la pasta. ¡Que buena falta nos va a hacer, que esas tías del loro son cada día más guarrindongas y más caras! –dice el gordo con una risa que hiela la sangre en las venas de Silvestrín –. Voy a coger el mil quinientos, que así llego antes –añade el cura frotándose las manos con avidez y relamiéndose.

Pero la risa no aterroriza tanto a Silvestrín como el escuchar la confirmación de que se trata del progenitor de su platónica amada Basilia –arquetipo igualmente platónico de femeninas virtudes–, en tan extraño contexto y citado por un cura crápula y traidor a sus cor-religionarios y, a la vez, colegas. Sin perder un segundo se dirige Silvestrín a la entrada, pues ha visto aparcado un haiga, un mil quinientos negro y reluciente a la entrada. Con sigilo se desliza hasta él y abriendo la puerta trasera se introduce entre el asiento posterior y los respaldos de los anteriores. Apenas ha conseguido así camuflarse cuando llega presuroso el cura tripero, que cierra la puerta, se acomoda y coloca el paquete de termómetros en el otro asiento delantero. Uno de ellos se desliza de la bolsa sin que el cura repare en ello, y es recuperado prestamente por Silvestrín, que lo guarda con sigilo en su hueco del estuche. Comprueba Silvestrín que es un termómetro de 100 grados centígrados hasta 110 grados centígrados calibrado con

precisión de décima de grado, muy útil en la medida de temperaturas de ebulloscopías de precisión. El coche arranca con sonido de neumáticos quemados y saliendo por el portón gira a la izquierda.